

Casa: Hospital: Mercado

Jorge Úbeda
jorge@transfilosofia.com

“*Quédate en casa*” no ha sido solo una recomendación sanitaria, sino un mandato con vocación clara de imperativo jurídico, moral y hasta militar. Nos ha tocado obedecer; y siempre que uno obedece conviene subir la guardia frente a uno mismo, pues quizá no sabía que obedecía con tanta facilidad y también frente al poder que ordena, para que no se acostumbre demasiado a que los ciudadanos seamos tan dóciles a sus mandatos. Subir la guardia significa, al menos para un filósofo, tratar de comprender lo está suponiendo tal mandato en tres espacios que han venido a primer plano desde el fondo en el que cotidianamente habitan: la casa, el hospital y el mercado.

De entrada no lo parece, pero existe una conexión entre quedarse en casa y la ética, aunque solo sea gracias a una etimología, algo apócrifa, pero de recorrido certero. Parece que fue Homero el primero que uso el término *ethos* -de ahí, ética- con el significado de guarida de animales y morada de los hombres. Con el correr de los siglos, Aristóteles lo resignificaría como costumbre o hábito que constituye el carácter moral. ¿Qué analogía vería el maestro de Alejandro Magno entre la morada y los hábitos morales? No lo sabemos, pero la analogía surtió efecto pues nos permitió olvidar su significado más arcaico. Ahora, sin embargo, en este tiempo de reclusión hogareña, las casas, nuestras casas, reaparecen en su significado ético más antiguo.

Nuestra casa es nuestra guarida, sin duda: una de las emociones que más echo de menos estos días es la de volver a casa. Si uno es afortunado como yo, al regresar a casa puede poner límites al mundo exterior, tantas veces hostil y exigente y sentir el calor del hogar, el descanso de lo conocido, la caricia de las cosas, el aroma de los libros y el amor de los suyos. Al replegarnos cada día en nuestras casas podemos renovar nuestros compromisos con el mundo y saborear, aunque sea en dosis modestas, que sigue teniendo sentido estar vivos.

La casa tiene algo, también, de resistencia frente al exterior: ¡curioso que la popular canción *Resistiré* del Dúo Dinámico se haya convertido, para muchos, en el himno de estos días! Existimos volcados hacia lo exterior, trabajamos fuera de casa insistiendo una y otra vez con nuestro esfuerzo y nos refugiamos en casa para resistir y seguir adelante. Sin embargo, el refugio y la resistencia que necesitamos para forjar nuestro carácter moral y que se nos ofrece, de modo único, en nuestra casa se enfrenta ahora, y si los confinamientos se alargan o se establecen como medidas ocasionales, a una presión sin igual.

Porque en estos días las casas se han convertido en oficinas o en no lugares desde el que esperar que regrese el trabajo, en escuelas improvisadas y desiguales, en cines, restaurantes, panaderías, discotecas, parques, gimnasios y también en enfermerías y velatorios inéditos desde hace décadas. Parece que solo hay algo que no ocurre en ninguna casa mientras estamos encerrados: recibir a otros, ser hospitalarios pues la hospitalidad que añoramos se concentra hoy en nuestros hospitales.

Los hospitales de hoy, modernos sistemas de atención sanitaria y salud pública basada en ciencias médicas y técnicas avanzadísimas, siguen siendo lugares de acogida del desvalido, expresiones del juramento médico de atender a cualquier enfermo y recursos efectivos que garantizan un derecho a la salud, ganado recientemente y que ni siquiera es reconocido en todas partes, pues sin ella resulta difícil saber cómo los ciudadanos nacidos desiguales podrían realizar sus planes de vida. Hoy la acogida está desbordada, el juramento hipocrático está ante sus límites morales y nuestros recursos, siempre finitos y diseñados para atender situaciones muy diferentes a una epidemia catastrófica como esta, no dan abasto: ha habido que improvisar hospitales, fábricas de material, incluso depósitos para los cadáveres. ¿Qué sería de nosotros sin los hospitales? Podemos mirar algunos lugares del mundo para comprender lo que puede significar. Pero estamos al límite de nuestras fuerzas, quizá siempre lo estamos cuando aquello contra lo que nuestra finitud se rebela sea la enfermedad y la muerte.

Sin alimento no podríamos resistir ni en casa ni en el hospital, ni acoger ni cuidar, ni siquiera podríamos llorar a nuestros muertos. Por eso el mercado es el tercer lugar que emerge nítido en este tiempo extraordinario. No habría mercado sin campos cultivados ni ganado pastoreado ni peces en las redes marineras. Tampoco lo habría sin dinero en nuestras tarjetas, aunque ya sabemos que los ingresos de muchos están ya amenazados. Hemos vivido, estos días, cómo las casas pueden, también, saturar los mercados dejándolos sin existencias en una carrera histérica por acumular bienes perecederos. Los mercados a los que vamos a comprar, nuestro único contacto anónimo con otros ciudadanos, nos hablan de otros mercados, hoy parados, sin intercambios, que han mandado a sus gentes a sus casas a la espera de que arree la amenaza invisible. Y mientras las tiendas de alimentación y los mercados nos hablan de ellos y escuchamos noticias de pérdidas, crisis económicas desconocidas, consecuencias sociales muy graves; mientras nuestras noches convocan ansiedades y nuestras mañanas se llenan de pequeñas esperanzas estadísticas, vislumbramos que aquella idea que creíamos cierta, la de que la libertad individual es el principio absoluto de nuestras sociedades, se muestra como una ficción, que quizá fue útil, pero también parcial, incompleta y bizca.

La casa, el hospital, el mercado nos muestran que nada es nuestra libertad sin la cosa pública, sin los asuntos que son de todos y de cada uno, sin que nuestra

libertad signifique, al mismo tiempo que capacidad para desarrollar nuestros planes, dependencia de otros que nos cuidan, nos alimentan y nos organizan. Nuestra libertad es soberana, pero el soberano no es solo aquel que puede decidir sobre el estado de excepción ni tampoco un individuo de ficción y sin relaciones emergido en una naturaleza hostil e implacable. Nuestra libertad es soberana, pero se conjuga en esa persona dual que apenas existe ya en ninguna lengua: Yo-Tú. La cosa pública que se produce de esta libertad relacional todavía es algo que está por venir.